

OCTUBRE DE 1962: LA MAYOR CRISIS DE LA ERA NUCLEAR (XVI)

Bloqueo, pero después el golpe aéreo

RUBÉN G. JIMÉNEZ GÓMEZ (*)

Jueves 18 de octubre
El análisis preliminar de las fotos obtenidas el día anterior por los U-2, mostraba un rápido avance en los trabajos de preparación de las posiciones de lanzamiento de los cohetes en Cuba, lo que fortalecía la posición de los partidarios del ataque aéreo.
Durante las discusiones de este día en el Comité Ejecutivo, una parte de sus miembros abogaba, en primera instancia, por la realización de un ataque aéreo limitado que denominaban “quirúrgico”, dirigido a la destrucción de los emplazamientos coheteriles solamente. Sin embargo, cuando el Presidente inquirió sobre la efectividad de esa acción militar, el general Taylor aseguró solo el 90 % de destrucción de los emplazamientos conocidos, por lo cual la opción del bloqueo comenzó a tomar fuerza en los debates.

¿Sería verdad que los integrantes del Comité se creían eso de los golpes aéreos “quirúrgicos”, en los que destruirían limpiamente los cohetes? De qué cirugía se podía hablar en aquella época, cuando las bombas solo obedecían a las ciegas leyes de la aerodinámica y la balística, las que dependían de una masa de factores imponderables con influencia notoria sobre la precisión del bombardeo; cuando no existía la posibilidad de ejercer ninguna influencia sobre las bombas después de lanzadas, pues las famosas armas inteligentes aún no habían salido de las oficinas de diseño más aventajadas. Como demostró la experiencia de la guerra de Viet Nam más tarde, para destruir blancos terrestres con bombas de aviación todavía había que bombardearlos muchas veces, y ni así se lograba su aniquilamiento con frecuencia, aunque no contaran con una fuerte defensa antiaérea. Es seguro que aquellas evaluaciones de destruir los cohetes atacándolos con grupos de seis-ocho aviones, como se planteaba, y obtener un 90 % de efectividad, resultaban poco creíbles. Al igual que lo de destruir los grupos coheteriles antiaéreos con facilidad y prácticamente sin pérdidas, penetrando por debajo del límite inferior de la zona de destrucción de los mismos, pues los grupos eran blancos poco densos y formados por una serie de elementos puntuales distribuidos sobre un área relativamente grande.

Durante la discusión Robert Kennedy, respondiendo a los planteamientos del ex secretario de Estado Dean Acheson, quien abogaba aún por el golpe aéreo amplio y sorpresivo, expresó que por muy poderosos que pudieran ser los argumentos políticos y militares a favor del ataque, con preferencia al bloqueo; fuesen cuales fuesen las razones alegadas, lo que predicaban, en el fondo, era un ataque por sorpresa de una gran potencia contra una nación muy pequeña. Y eso no podían hacerlo los Estados Unidos si querían mantener su moral en el país y en todo el mundo.

El bloqueo naval era considerado como una acción menos provocativa que el ataque aéreo, el cual obligaría a los soviéticos a una respuesta inmediata, por lo que mediante el bloqueo se evitaba un choque militar directo de inicio. Además, al Presidente le gustaba la idea de dejar a Jruschov una salida, de empezar a un nivel bajo para ir aumentando la presión en dependencia de las cir-



cunstancias. También había que tener en cuenta que el inicio por el bloqueo resultaría más aceptable para otros países que el ataque aéreo y favorecería la obtención del apoyo de los aliados con mayor facilidad en el momento en que fuera necesario ejecutar una acción más drástica.

El bloqueo comenzaría solamente por las armas “ofensivas” y luego podría ser ampliado a los combustibles, lo que contribuiría al colapso de la economía cubana.

A partir de entonces, los expertos de los Departamentos de Estado, Justicia y Defensa trabajaron en la elaboración de la proclama oficial del bloqueo. Aprovechando la ocasión, Abram Chayes, director del Departamento Legal del Departamento de Estado, fue consultado sobre la legalidad de la instalación de los cohetes nucleares en Cuba, y siempre mantuvo que era algo legal. “En realidad —expresó posteriormente— nuestro problema legal era que la acción soviética no era ilegal”.¹ Además, en las reuniones del Comité Ejecutivo la base legal que se invocó para objetar los cohetes, si se les calificaba de ofensivos, fue que su presencia en la Isla se podía interpretar como un ataque armado, aprovechando lo planteado en el artículo 51 de la Carta de la ONU, argumento que los juristas no compartían, pues resultaba evidente que no se había efectuado semejante acción bélica. Este es un ejemplo de cómo se retorcián y adulteraban los conceptos jurídicos y las disposiciones de los instrumentos internacionales para servir a sus fines agresivos.

También Theodore Sorensen, asesor del Presidente, ha dicho que: “Los soviéticos tenían perfecto derecho a hacer lo que hicieron, siempre que el Gobierno cubano estuviese de acuerdo. Kennedy estaba claramente preocupado de que los soviéticos apelaran a la opinión pública mundial invocando la ley internacional. Por tanto me urgí a que (...) pusiera énfasis en lo repentino y engañoso del despliegue (en el proyecto de discurso que yo estaba preparando)”.²

Este día los integrantes de la Junta de Jefes de Estados Mayores fueron citados para participar en parte de una reunión del Comité Ejecutivo. Allí pidieron la acción militar inmediata y se opusieron a un bloqueo, pues dudaban de su eficacia; en la reunión se produjo un agudo intercambio entre el Presidente y el general Curtis LeMay, jefe del Estado Mayor de la Fuerza Aérea, quien defendió

ardientemente la necesidad de un ataque militar. Al preguntarle el Presidente cuál sería la respuesta de los rusos al ataque aéreo y la invasión de Cuba por los Estados Unidos, el general le aseguró que no habría reacción alguna; el presidente Kennedy se mostró escéptico y opinó que reaccionarían en algún lugar, de algún modo, pues después de todas sus declaraciones no podían dejar que destruyeran sus cohetes y mataran a una gran cantidad de rusos, sin hacer nada. Si no actuaban en Cuba, lo harían sin duda en Berlín. Kennedy habló del peligro de que se instalaran más y más cohetes en Cuba, y de que si continuaba pasando el tiempo, todos los que ya estaban allí se harían operacionales.

Después de la reunión, el Presidente estaba colérico con los comentarios de LeMay y le dijo a su ayudante que “estos altos militares tienen una gran ventaja a su favor, pues si hacemos lo que quieren que hagamos, ninguno de nosotros estará vivo después para decirles que estaban equivocados”.³

Al finalizar el día, los partidarios del bloqueo comenzaban a ser la mayoría, y el Presidente pidió que los integrantes del Comité se dividieran en dos grupos, uno para estudiar las ventajas de un curso lento de las acciones, con el bloqueo y lo que sería necesario hacer después, según el desarrollo de los acontecimientos; el otro grupo continuaría estudiando la acción rápida, mediante un golpe de proporciones sustanciales, con o sin aviso previo.

A pesar de las discrepancias con el Presidente, los jefes continuaron trabajando para determinar cuándo se podrían ejecutar las acciones militares contra Cuba, y al finalizar la tarde de este jueves habían decidido que el domingo 21 era la fecha factible más cercana para el ataque aéreo en gran escala, pero que la fecha preferible era la del martes 23. La fecha posible más cercana para el inicio de la invasión era el domingo 28, pero el 30 de octubre sería mejor.

A las 5 de la tarde el presidente Kennedy recibió en la Casa Blanca a Andrei Gromyko, ministro de Relaciones Exteriores de la URSS, quien participaba en la Asamblea General de la ONU. Ninguno de los dos se refirió durante la reunión a los cohetes emplazados en Cuba. Gromyko planteó que la asistencia soviética a la Isla se hacía con el único propósito de elevar las capacidades defensivas del país y contribuir a su desarrollo, pues los cubanos habían tenido ante sí el dilema de continuar sin prepararse para resistir un ataque externo o dar pasos para defenderse; que especialistas soviéticos estaban entrenando a los cubanos en el manejo de armamento de carácter defensivo y subrayó la palabra defensivo, por lo que la entrega de aquel armamento y el entrenamiento no podían constituir una amenaza para los Estados Unidos.

Kennedy, por su parte, manifestó que en el verano la URSS había cometido un serio error, y sin ninguna comunicación había emprendido una política de suministro de armas a Cuba en una escala sin precedentes, lo que había creado un grave peligro. Entonces, para evitar cualquier confusión, leyó en alta voz su declaración del 4 de septiembre, en la que se señalaban las graves consecuencias que tendría el emplazamiento de cohetes o armas ofensivas en Cuba por los soviéticos.